

# FAUNA Y MEDIO AMBIENTE EN EL ARTE RUPESTRE PALEOLITICO

ALFONSO MOURE ROMANILLO

Aproximadamente la mitad de las evidencias del arte rupestre paleolítico representan figuraciones de animales. El hecho de que todos ellos fuesen potenciales piezas de caza, el empleo de paralelismos etnográficos, o el mito de cazador primitivo, ha convertido a estos temas en objeto de atención desde distintos puntos de vista, como demuestran algunas reuniones internacionales recientemente celebradas (Bandi, 1989). Uno de los posibles enfoques ha sido el intento de acercarse, a través del significado ecológico y climático de la fauna representada en pinturas o grabados, a las condiciones medioambientales existentes en la época en que fueron ejecutadas. Ese mismo punto de vista ha sido tenido en cuenta en mayor o menor grado en algunos de los principales conjuntos cantábricos, como las cuevas de El Castillo (González Echegaray, 1973), Las Chimeneas (González Echegaray, 1974), Tito Bustillo (Moure Romanillo, 1980), La Haza y Covalanas (Moure Romanillo, González Sáinz y González Morales, 1987 y Moure Romanillo, González Morales y González Sáinz, 1990), y objeto también de atinados comentarios críticos a raíz del estudio de otros (Altuna, 1984: 285-286). Este texto pretende presentar y poner al día una serie de reflexiones que son en buena parte resultado de los trabajos de documentación que constituyen una de las líneas de investigación del área de Prehistoria de la Universidad de Cantabria, y que se han visto enriquecidas por las discusiones con algunos de nuestros compañeros de departamento.

## 1. Introducción

La comprensión del papel de la fauna en el contexto del arte paleolítico exige precisiones que implican numerosos componentes: la frecuencia de las especies, su repartición geográfica, relación entre temas y técnicas, coherencia interna de los conjuntos, la «utilidad» de algunos animales, etc. Todo ello puede resultar especialmente útil en relación con otros aspectos del comportamiento humano, como la economía en sentido amplio, la utilización del territorio, o las tendencias de caza de la época. En ocasiones, del estudio desde un punto de vista climático y ecológico de las representaciones pueden inferirse relaciones con alguna o algunas de las fases de ocupación del yacimiento en que se ubican, y por tanto obtener conclusiones con valor cronológico.

Entre las figuraciones animales encontramos un elevado porcentaje (más del 97 por ciento) de especies identificables. No hay una iconografía fantástica (los casos del «unicornio» de Lascaux o de la figura de una plaquita de La Riera son algunas de las excepciones) como pudo existir en la Edad Media: se trata de especies reales y conocidas, representadas casi siempre con un alto grado de fidelidad. Los animales que llamamos «indeterminables» lo son por su escasa definición, y en este sentido conviene advertir del peligro que suponen los intentos de identificar con géneros o especies poco frecuentes (saiga, rinoceronte, hemión, *Coelodonta*) representaciones cuyos rasgos, o cuya ausencia de rasgos, se deben a la impericia del autor o a la poca fortuna de su ejecución.

Entre las especies representadas destacan las que aportan una biomasa relativamente importante, y de ello parece deducirse su «utilidad» desde el punto de vista de una población cazadora, utilidad que por otra parte ha servido como respaldo a numerosas interpretaciones del arte parietal paleolítico como parte o efecto de prácticas o ritos destinados a la obtención de recursos alimenticios. Otro aspecto a tener en cuenta es el número relativamente reducido de especies reproducidas: en un reciente trabajo de A. Leroi-Gourhan (1984: 75) sólo dos se consideran como principales (caballo y bóvidos) y cuatro como complementarias (ciervo-cierva, mamut, cabra, reno) que sumarían más del noventa y cinco por ciento de las representaciones. Otras 18 pueden considerarse como raras, excepcionales o muy excepcionales (rebeco, rinoceronte, saiga, oso, zorro y diversos peces, aves y lagomorfos).

A pesar de ese número reducido de especies, su repartición geográfica dista mucho de ser aleatoria. Otro reciente trabajo de A. Roussot (1984) reproduce de forma muy gráfica las diferencias estadísticas en la frecuencia de temas animales sobre una selección de yacimientos pertenecientes a Perigord, Pirineos y la Región Cantábrica. Especialmente destacan las disparidades en la importancia relativa de alguna especie en cada región señalada: ciervo en la Costa Cantábrica, bisonte en Pirineos, mamut en Perigord... Aunque se trate de una cuestión al margen, concentraciones similares se observan en determinados tipos de signos, frecuentes en unas regiones y ausentes en otras. La región cantábrica ha sido recientemente objeto de un muestreo más amplio que indica la peculiaridad del bestiaro representado, al que volveremos más adelante (Moure Romanillo, 1987 y 1988).

En cualquier caso, no existe ninguna duda respecto a la existencia en la realidad de las especies pintadas o grabadas. Se pintaba lo que se conocía; cuestión aparte es saber si los conjuntos decorados reproducían animales de su entorno, o parte de las especies podían haber sido conocidas durante los desplazamientos del grupo. Personalmente nos situamos en apoyo de la primera posibilidad, es decir, que los animales representados vivían en el *territorio* próximo al asentamiento (y éste a su vez al lugar de decoración) de los cazadores-artistas. A favor de esta postura hay argumentos de carácter general, como el hecho de que los macromamíferos climáticamente más significativos (por ejemplo reno, mamut, rinoceronte lanudo, antilope saiga) aparezcan en las cuevas decoradas de regiones en que realmente se dieron condiciones ambientales acordes con sus exigencias, mientras que faltan totalmente, o son muy raros, en aquellas en que la influencia glacial llegó muy ate-

nuada. En el caso cantábrico todo parece indicar que la movilidad de los grupos del Paleolítico Superior era limitada, con desplazamientos estacionales a lo largo de los valles y del pasillo costero. En lo que se refiere al arte, esta movilidad reducida se ve apoyada por la distribución geográfica de los signos (Moure Romanillo, 1987 y 1988: 74-75) y de recursos estilísticos como el modelado interior, frecuente en representaciones de cérvidos (Almagro Basch, 1976; Alonso Silió, 1982 y 1986), e incluso en objetos muebles singulares, como los «bastones de mando» de las cercanas cuevas de Cualventi y El Castillo (García Guinea, 1986) cuyo grado de semejanza difícilmente podría explicarse por convergencia.

En síntesis, puede afirmarse que las representaciones animales en el arte parietal paleolítico responden a las especies existentes en el área de captación de recursos de los autores de las pinturas o grabados. Por supuesto, eso no implica que cada conjunto decorado sea una foto fija que reproduzca cuantitativa y cualitativamente el ecosistema próximo, pero datos como la presencia de especies propias de clima frío justifican la atribución de las pinturas o grabados a los momentos en que en la región se dieron ese tipo de condiciones. Información de tipo ecológico y climático puede conseguirse también del estudio de los depósitos de los yacimientos en que se encuentran las pinturas y grabados. De ahí que, en nuestra opinión, los datos faunísticos procedentes del arte y de ocupaciones bien datadas puedan ser puestos en relación, y de ello obtenerse conclusiones de índole cronológica.

## 2. Datos faunísticos incluidos en los yacimientos

En este apartado se intentará un breve comentario crítico acerca de la información ecológica contenida tanto en los restos físicos y culturales de utilización humana del lugar como en las representaciones parietales. Se parte de la explicación más sencilla, y por ello la más probable: que los propios ocupantes de un área de asentamiento en cueva sean los autores de las obras de arte presentes en las paredes de la misma. La actividad artística en las áreas de ocupación está evidenciada por abundantes restos tecnológicos en numerosos yacimientos (Moure Romanillo y González Morales, 1988 y 1989).

A pesar de ello, si nos fijamos en la fauna, no existe correspondencia ni cualitativa ni cuantitativa entre las especies pintadas, grabadas o esculpidas y los restos paleontológicos descubiertos en el curso de las excavaciones (Delluc y Delluc, 1984). Esta discordancia está presente incluso en el caso de yacimientos con un único nivel de ocupación —lo que en principio podría sugerir contemporaneidad—, y resulta especialmente relevante en conjuntos decorados donde puede establecerse una hipotética seriación de etapas en las técnicas o estilos, cuyos componentes tampoco parecen corresponderse con la asociación faunística representada en ninguno de los niveles.

La falta de correspondencia entre figuras y restos es perfectamente explicable e incluso previsible si analizamos las evidentes diferencias en la procedencia de la información.

En el caso de las *áreas de asentamiento*, los restos localizados proceden casi

en su totalidad de desechos de alimentación, y son por ello testimonio de las actividades cinegéticas. Esos materiales permiten en el mejor de los casos acercarse a la «asociación viva», y conocer parte de los componentes de la biocenosis en la época de utilización del lugar por parte de una determinada población. Incluso, podríamos intentar reconstruir algunas de las características del territorio depredado por el hombre, pero siempre teniendo en cuenta los diversos factores de tipo cultural y natural que intervienen en la obtención (tendencias de caza, especialización, caza selectiva), troceado, transporte y conservación de los diferentes tipos de restos.

En las *áreas de decoración* no coincidentes con las de ocupación se ha podido detectar la existencia de una selección de especies o restos a su vez diferente. Es el caso de las excavaciones realizadas bajo el panel principal de la Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias), en que los restos de cabra predominan ampliamente frente a la frecuencia de ungulados de mayor tamaño en el área de asentamiento (Moire Romanillo, 1986 y 1990: 125; Moire Romanillo y González Morales, 1988 y 1989).

Buscar las causas de la «presencia» de unas especies y de la ausencia de otras en los *paneles decorados* es casi tanto como buscar el significado del arte parietal paleolítico, suponiendo que tenga un único significado. A pesar de que la estadística demuestra que la casi totalidad de las especies representadas son animales «útiles» o deseables desde la óptica de un cazador, ni siquiera eso permite prever una coincidencia con los restos de animales cazados. Aunque se aceptase una relación de tipo mágico o propiciatorio arte-obtención de alimentos, es bien sabido que no siempre se logra lo que se desea, en especial cuando se depende de factores ajenos a la voluntad humana.

Siempre insistiendo en el carácter parcial y selectivo de las evidencias, y de la necesidad de no apoyar una eventual reconstrucción ecológica exclusivamente en los datos faunísticos, parece evidente que puede obtenerse una valiosa información de este tipo mediante la aplicación al estudio de los yacimientos de distintas disciplinas y técnicas especializadas. La línea argumental emprendida pretende defender la posibilidad de establecer relaciones *puntuales* entre determinadas unidades estructurales y sincrónicas y algunos conjuntos decorados a partir de la *presencia* de determinadas especies en estos últimos.

### 3. Información paleoambiental contenida en áreas de actividad humana en cuevas

El registro arqueológico puede proporcionar información relativa al antiguo ecosistema tanto a partir de áreas de ocupación como de decoración. De hecho ambas pueden coincidir topográficamente, como sucede en el caso de numerosos «santuarios exteriores», en los que existe la posibilidad complementaria de obtener una datación arqueológica a partir de la relación directa entre estratigrafía y paneles decorados. No obstante, la situación más frecuente es aquella en la que la ocupación se ubica en un abrigo o en los primeros metros de la cueva, y las zonas pintadas o grabadas en áreas de decoración situadas en lugares profundos, a veces muy alejados.

Las principales fuentes de información en este campo proceden de los estudios de Paleobotánica, sedimentos y fauna. Obviamente, las posibilidades de conocer el ecosistema exterior mediante cualquiera de estos procedimientos en un tramo alejado del exterior son más reducidas.

3.1. *Datos paleobotánicos.* La información concerniente al paisaje vegetal de la época de utilización de un área de asentamiento procede de dos técnicas de la Paleobotánica: en concreto de la Palinología y de los estudios de macrorestos (semillas, fragmentos de madera, etc.). Estos últimos son —por cuestiones de conservación— especialmente infrecuentes y, hasta ahora, poco atendidos en contextos paleolíticos, por lo que su valor desde este punto de vista es menos significativo, aunque ofrece amplias perspectivas para el futuro.

Los diagramas polínicos representan cualitativamente los porcentajes de pólenes presentes en muestras recogidas a lo largo de una secuencia estratigráfica. A pesar de ello no hay que considerarlos como una reproducción literal de la extensión de cada una de las especies a lo largo de las etapas representadas. En este sentido, las limitaciones vienen tanto de la propia procedencia de las muestras —diferentes tipos de polinización de cada especie, intervención de distintos agentes contaminantes— como de las condiciones de sedimentación, principalmente del tramo de la cueva en que ha sido obtenida la muestra.

A pesar de todo, en la actualidad los análisis polínicos son la principal fuente disponible para obtener alguna información sobre el componente vegetal de la biocenosis. Como en el caso de las evidencias faunísticas, hay que huir de la tentación de sobrevalorar los resultados y, sobre todo, hay que entenderlos como un elemento de referencia para la cronología relativa de las ocupaciones paleolíticas.

3.2. *Datos paleontológicos o zooarqueológicos.* El intento de reconstrucción paleoambiental a partir de los restos faunísticos relacionados con las actividades humanas presenta una problemática puntual bastante diferente a la de la vegetación. En efecto, se trata de conocer la asociación viva existente en la época a partir del análisis de restos provenientes de la acción humana, y por tanto de la intervención de criterios de selección cultural que nos resultan parcialmente desconocidos.

En lugares de ocupación la casi totalidad de los restos faunísticos proceden de animales capturados en un territorio propio. Ocasionalmente junto a ellos encontramos otros pertenecientes a merodeadores o a especies que eventualmente han podido compartir el lugar con el hombre (roedores, quirópteros, insectívoros, rapaces nocturnas y sus depósitos de egagrópilas). Como testimonio faunístico, todas las evidencias representadas tienen un significado cualitativamente variable de tipo económico, ecológico y climático.

Desde el punto de vista económico, los restos procedentes de la acción humana pueden ilustrar sobre dos niveles de selección: de individuos capturados y de elementos transportados hasta el yacimiento objeto de análisis. El primero hace referencia tanto a la elección de especies, como a la de sexos o edades dentro de aquéllas. Ciertamente la biomasa reflejada en la colección de material óseo de un estrato determinado procede en un porcentaje muy elevado de un número muy reducido de

especies (a veces más del 90% de los restos corresponden a una sola), lo que lógicamente indica que entre la fauna disponible en el territorio explotado, unas han sido elegidas y otras relegadas o capturadas en cantidades muy reducidas. Por otra parte, y muy especialmente entre animales de cierta talla, es observable a simple vista la frecuencia de determinadas partes del esqueleto (especialmente extremidades y cráneos) y la escasez de otras (costillas, vértebras). Aunque no es el momento de señalar posibles explicaciones, las motivaciones pueden encontrarse en la facilidad del transporte-conservación desde el cazadero hasta el hábitat y en las posibilidades de aprovechamiento de algunas piezas como materias primas (p. e. astas de ciervos y renos).

A efectos de valorar estos restos como indicativo ecológico y climático, la idea base enunciada consiste en admitir que todos ellos proceden de un espacio relativamente próximo al asentamiento. Aunque un modelo «standard» de territorio resulta difícil de definir y delimitar, en especial en regiones con una topografía como la cantábrica, el emplazamiento de los asentamientos de base en cursos medios y bajos de los ríos y en el pasillo costero, parece indicar la explotación cinegética de esas zonas. Es más, la especialización creciente a lo largo del Paleolítico Superior en especies adaptadas al tipo de relieve inmediato a los asentamientos (caso de la cabra en Rascaño y Ekain o —en términos diferentes— del marisqueo de costa) parece apuntar a que éstos en muchos casos fueron elegidos precisamente por sus condiciones medioambientales. Ninguno de los indicativos utilizados normalmente (número o porcentaje de restos por especie, número mínimo de individuos) puede considerarse como un reflejo literal de la «asociación viva» de la época, pero son sin duda indicativos valiosos para conocer algunos rasgos de su composición. Por desgracia, y salvo excepciones, las especies climática y ecológicamente más representativas son precisamente las de micromamíferos, que por el contrario carecen de valor como indicativos económicos y cuya presencia no es constante en todos los yacimientos de ocupación humana.

3.3. En tercer y último lugar queda por señalar la importancia de los datos paleoclimáticos obtenidos a partir de análisis *sedimentológicos* de yacimientos en cuevas. Expresado en términos comunes, su fundamento puede resumirse en que el clima interviene en el origen, transporte, sedimentación y en eventuales alteraciones postdeposicionales de los depósitos, por lo que un análisis de los mismos permitiría conocer las condiciones bajo las cuales se han formado.

En resumen, puede decirse que fauna, macrorestos vegetales, polen y sedimentos, contienen una valiosa información ecológica y climática, a la que se sumaría la económica al menos en los dos primeros casos.

#### 4. Significado ecológico de las especies representadas en el arte parietal

En la introducción a este texto ya se ha comentado la composición iconográfica del arte paleolítico, así como la importancia de las representaciones de animales en general y de determinadas especies en particular. También hemos señalado las

posibilidades que ofrecen los restos paleontológicos localizados en áreas de asentamiento de cara a conocer las circunstancias económicas, ecológicas y climáticas de la época en que fueron capturados, y —por tanto— en que el lugar fue utilizado por una determinada población.

Aunque en los grandes conjuntos parietales encontramos a veces un número relativamente elevado de figuraciones zoomorfas, en la mayor parte de los casos correspondientes a más de una especie, sus posibilidades de cara a una interpretación paleoecológica se encuentran sumamente alejadas de las que ofrecen los restos procedentes de excavaciones. Entre otras, pueden destacarse las siguientes diferencias, que constituyen al mismo tiempo las principales dificultades:

a) A pesar de que nos encontramos ante una mayoría absoluta de especies «utilizables» en el sentido bromatológico antes mencionado, es imposible obtener conclusiones de tipo económico a partir de la presencia o ausencia de unas u otras. Con las matizaciones que veremos más adelante, en el mejor de los casos podremos obtener datos puntuales de tipo paleoambiental.

b) Salvo que nos encontremos ante un conjunto decorado que con seguridad absoluta pueda considerarse sincrónico —lo que ciertamente no es nada fácil— la suma de las especies representadas puede pertenecer a varias épocas, y en consecuencia a condiciones ambientales también diferentes. Más complejo aún resultaría aislar conjuntos por etapas y establecer su cronología relativa.

c) Tampoco podemos admitir sin una reflexión previa la procedencia local de las especies grabadas o pintadas. Desde el momento en que esta actividad artística se realiza sin disponer de un modelo, teóricamente el animal habría podido ser conocido durante algún desplazamiento, y por tanto ser representativo de un biotipo distinto y más o menos alejado.

Centrando la discusión exclusivamente en este último aspecto, la relación entre especies representadas en el arte y especies existentes en el entorno del yacimiento, el tema ha sido recientemente analizado por J. Altuna (1984: 285-286), que apunta con muy buena lógica las dificultades de una reconstrucción ambiental exclusivamente realizada a partir del arte, y la posibilidad de que algunos animales hayan sido conocidos por el grupo autor de las representaciones durante alguno de sus desplazamientos.

No obstante, a nuestro modo de ver sí puede establecerse una relación puntual a partir de la presencia de ciertas especies en determinados entornos. La existencia de desplazamientos, estacionales o no, es algo absolutamente evidente y explicado por la economía depredadora de estas poblaciones paleolíticas y el carácter limitado de los recursos naturales. Se encuentran por otro lado documentados incluso por hallazgos de arte mueble o parietal. En el caso del arte rupestre parecen evidentes las similitudes estilísticas entre caballos de Ekain (Guipúzcoa) y Tito Bustillo (Asturias), o las técnicas y estilísticas entre ciervas en trazo tamponado o baboso de Arenaza, Covalanas, La Pasiiega, etc. La propia dispersión geográfica de algunos temas o convenciones demuestra su concentración en áreas relativamente limitadas: es el caso de determinados signos rojos del Oriente de Asturias-Occidente de Cantabria (Moure Romanillo, González Morales y González Sáinz, 1984: 19-20; Moure Romanillo, 1988: 74-75, fig. 1) o de algunos sistemas de modelado o som-

breado interior propios de la mitad occidental del área del arte rupestre cantábrico, y que están presentes tanto en el arte rupestre (Alonso Silió, 1982 y 1986; Moure Romanillo, 1988: 78) como mobiliario (Almagro Basch, 1986). En el caso de la costa cantábrica española los ejemplos antes citados parecen indicar movimientos de escasa amplitud y siempre dentro de la misma, de lo que puede deducirse que la fauna climáticamente significativa reproduciría condiciones similares a las del lugar en que se encuentra la cueva decorada. No obstante, no se pueden excluir relaciones puntuales más lejanas evidenciadas por objetos excepcionales que son característicos de algunos horizontes del Magdaleniense cántabro-aquitano, como los contornos recortados del abrigo de La Viña (Asturias) (Fortea Pérez, 1983 y 1990) o la escultura colgante de simbología parecida descubierta en el Magdaleniense Superior de Tito Bustillo (Moure Romanillo, 1983).

Tiene que existir relación —aunque sea a niveles globales— entre fauna y territorio, desde el momento en que hay diferencias observables a simple vista entre la iconografía paleolítica de regiones con suelos, relieve y clima distintos. Basta comparar la frecuencia de temas entre lugares del SW de Francia y el Norte de España.

%	General	Perigord	Pirineos	Cantábrico
Bison + Bos .....	+30	—	—	—
Bison .....	—	17,2	50	17,40
Bos .....	—	7,08	29	8,17
Equus .....	+30	35	—	24,06
Cervus .....	12	5	—	33,74
Mamut .....	9,6	16,8	—	0,2
Capra .....	8,7	6	—	9,32
Rangifer .....	4,3	6	—	1,5

El reno sólo ha sido identificado con seguridad en pinturas o grabados rupestres de Tito Bustillo (Asturias), Las Monedas (Cantabria) y Altxerri (Guipúzcoa), y se puede mencionar con menor definición su presencia en las cuevas cántabras de Pasiega «A», Covalanas y La Haza. Aunque sea como un inciso, conviene señalar que en las tres últimas cavernas mencionadas las representaciones de reno son pinturas rojas de estilo figurativo-esquemático que hemos datado en el Solutrense avanzado. Si hasta ahora —con el respaldo de la cronología del arte mueble y de la mayoría de los hallazgos paleontológicos— se pensaba que todos los renos cantábricos pertenecían al Magdaleniense Superior, correspondiente a su vez al Dryas II, el grupo de las figuras rojas habría que situarlo en el Dryas Ia, entre el interestadial de Laugerie y la oscilación de Lascaux (Moure Romanillo, González Sáinz y González Morales, 1987: 90 y Moure Romanillo, González Morales y González Sáinz, 1990). Sobre objetos muebles encontramos el *Rangifer tarandus* en las cuevas de La Paloma y Tito Bustillo, en Asturias, El Pendo, en Cantabria y, Urtiaga, Aizbitartè IV y Torre en el País Vasco. No hay hasta el momento ninguna repre-



sentación paleolítica de *Coelolonta antiquitatis*, y la presencia del mamut es tan excepcional en el arte como en los yacimientos. A esta última especie pertenecerían, en nuestra opinión, las dos conocidas pinturas de El Pindal y El Castillo y la recientemente descubierta en La Lluera (Asturias).

Hay además un nivel de comparación general que no puede olvidarse, y que resulta quizá más ilustrativo que los ejemplos concretos. Se trata de la composición por regiones, de la que resulta un magnífico ejemplo la masiva presencia del ciervo, y sobre todo de la cierva, en el arte parietal cantábrico, especie que en Perigord sólo representa en torno al 5 por ciento en datos de Roussot (1984: 487), y al 12 por ciento sobre la totalidad del arte paleolítico occidental según Leroi-Gourhan (1984: 75). Incluso dentro de la región cantábrica hay diferencias internas en industrias del Solutrense y del Magdaleniense, y que —como recoge el cuadro que incluimos a continuación— permiten hablar de una zona occidental y otra oriental con límite en torno al valle del Asón, al Este de Cantabria (Moure Romanillo, 1988: 77-78).

	C. Occidental	C. Oriental
Cervus sd. ....	0,69	—
Ciervos .....	10,79	1,97
Ciervas .....	26,23	10,34
Equus .....	23,56	22,16
Bison .....	12,77	42,58
Bos .....	9,10	2,46
Capra .....	9,70	6,89
Rangifer .....	1,88	2,95
Rupicapra .....	1,16	—
Mamut .....	0,19	—
Ursus spelaeus .....	0,39	—
Ursus arctos .....	—	1,95
Vulpes .....	—	0,98
Rhinoceros (?) .....	—	0,98
Saiga (?) .....	—	0,98
Gulo (?) .....	—	0,49
Lepus .....	0,09	0,49
Phoca (?) .....	0,19	—
Peces sd. ....	0,29	2,95
Aves sd. ....	0,19	0,49
Sus sropha .....	0,29	—
Canis lupus .....	—	0,49
Antropomorfos .....	1,08	—
Bóvidos sd. ....	0,19	0,49
Cérvidos sd. ....	0,99	—
Total recuento ....	1.012	203
Indeterminables ...	26	2

Aunque no deja de ser una cuestión al margen de este punto, hay una última relación que tiene que ser significativa, entre los temas y los procedimientos de ejecución utilizados (Moure Romanillo, 1986: 18). Los ciervos (y en especial las ciervas) son la especie cuantitativamente más frecuente, pero en su casi totalidad se tratan de representaciones grabadas. Sólo la conocida cierva de Altamira utiliza una técnica bicroma más compleja, técnica que por ahora está reservada a los grandes bóvidos (en el arte cantábrico sólo al bisonte), el caballo y el reno. La asociación de más de un procedimiento de trabajo (grabado, lavado, raspado y colores) da lugar a representaciones más pormenorizadas, lo que unido a la posición predominante que suelen ocupar tal vez aluda a cierta jerarquización de temas. No obstante, éste es un aspecto que por sí sólo exigiría un tratamiento más amplio.

##### 5. Correspondencia entre la fauna representada en cuevas decoradas y en sus yacimientos arqueológicos

Una observación superficial ya indica que los animales representados en el arte rupestre no son cuantitativamente (a veces tampoco cualitativamente) los mismos que encontramos en las estratigrafías de las cuevas en que se hayan ubicados. La discordancia entre especies presentes en los yacimientos y su importancia (cálculo de numerosos restos, número mínimo de individuos) y especies pintadas o grabadas, indica que estas últimas ciertamente no eran las más cazadas, pero eso no implica su inexistencia en el territorio explotado por el hombre.

Esta discordancia es clara a nivel general o global. A partir de datos no actualizados de Leroi-Gourhan (1985 y 1965) procedentes del análisis de 66 lugares francocantábricos, el orden de frecuencia de especies pintadas o grabadas es el siguiente: caballo (27,8 por ciento), bisonte (23,3), mamut (9,37), rebeco (8,08), uro (6,27), ciervo (6,71), cierva (5,12) y reno (3,84). En la composición publicada más recientemente por el mismo autor (Leroi-Gourhan, 1984: 75) no se altera sustancialmente la prelación. Por debajo de un 2 por ciento sigue una lista de temas que podemos considerar infrecuentes (osos, leones, rinocerontes, carnívoros, megaceeros, jabalíes, cabras, antílopes saiga, liebres, glotones, aves, etc.).

Estos porcentajes presentan diferencias regionales muy importantes, de las que es buen ejemplo el ya mencionado de la frecuencia de ciervos y ciervas en la costa cantábrica, contrastada con la escasez o ausencia de especies que coloquialmente podríamos llamar «frías», como el reno, el mamut, el rinoceronte o el saiga. Pero, sobre todo, las cifras indicadas tampoco se aproximan a las cantidades representadas por las evidencias paleontológicas en yacimientos francocantábricos. Sin cuantificar los datos, destaca la abundancia del reno en estratigrafías del Paleolítico Superior aquitano, y del ciervo en el cantábrico, este último sólo superado por la cabra en lugares especialmente abruptos, que posiblemente fueron elegidos como asentamiento precisamente por su proximidad a los cazaderos de esta especie, como parece suceder en el Magdaleniense de Rascaño (González Echegaray y Barandiaran Maestu, 1981). De hecho, datos como el predominio de la cabra frente al ciervo en lugares accidentados, no hacen sino subrayar el carácter local de los animales capturados.

No menos sorprendente es la discordancia entre figuras parietales y restos de un mismo yacimiento, que puede ilustrarse con varios ejemplos dentro y fuera de la costa cantábrica. En las diferentes capas del nivel 1 (Magdaleniense Superior) de la cueva de Tito Bustillo (Asturias) (Moure Romanillo, 1989 y 1990) cuyo estudio paleontológico ha sido realizado por Altuna (1975 y 1984), predominan ampliamente los restos de ciervo, que superan el 81 por ciento del total, seguidos por los de cabra (11,7 por ciento), y mucho más atrás por los de caballo (3,9), rebeco (2,0), grandes bóvidos (1,0), corzo (0,1) y reno, que sólo representa el 0,05 por ciento. El inventario actualizado de los animales representados en los paneles del sector occidental (que está en relación con el área de asentamiento), que comprende las figuras del panel principal (Balbín Behrmann y Moure Romanillo, 1982: 79-80), la «galería de los caballos» (Balbín Behrmann y Moure Romanillo, 1980) y los conjuntos IX y XI, aún inéditos, comprende 89 individuos identificables con plena seguridad (los dudosos e indeterminables no alterarían sustancialmente las proporciones). La especie predominante sigue siendo el ciervo (50 por ciento), aunque si considerásemos tan sólo las fases más recientes de las superposiciones del panel principal (Balbín Behrmann y Moure Romanillo, 1983), esta cantidad se vería ligeramente disminuida en términos relativos. Los porcentajes de reno y caballo son elevados (7,3 y 29,4 respectivamente), constituyendo además las figuras más espectaculares, tanto por el empleo de la bicromía asociada a grabado, raspado y lavado en el panel principal, como por la cantidad y calidad de grabados en la «galería de los caballos». La cabra ocupa, junto con el reno, el tercer puesto en representaciones. Curiosamente, la cantidad de restos de esta especie localizados en el área de decoración (bajo el panel principal) es sumamente elevada —desde luego mucho mayor que la del área de asentamiento— lo que indicaría un aporte selectivo hacia ese tramo profundo de la cueva (González Morales y Moure Romanillo, 1988: 40-41 y 1989; Moure Romanillo, 1986).

En el yacimiento guipuzcoano de Ekain (Altuna *et alii*, 1984) encontramos una diferencia igualmente importante entre los restos de los niveles VII y VI (Magdaleniense Inferior y Superior-Final respectivamente), que en principio se corresponderían con la cronología estimada para las pinturas, y los animales representados en las paredes. El tema predominante es el caballo (57,6 por ciento), cuyos restos sólo representan el 0,8 en el nivel VII y faltan en el nivel VI. El bisonte, al que pertenecen el 18,8% de las representaciones casi está ausente en los dos niveles mencionados (1,1 y 0,8 por ciento, respectivamente). La proporción figuras/restos sólo se aproxima en el caso de las cabras y del nivel VII (8,5 por ciento de representaciones y 10,4 de restos), mientras que es la especie predominante en el nivel VI, en que llega al 66,9% (Altuna, 1984: 281-286). Este cambio en las tendencias de caza desde el ciervo hacia la cabra, se observa en todo el Cantábrico al final del Magdaleniense, y coincide con el notable incremento del número de representaciones de esta última en el arte mobiliario (González Sáinz, 1989a y b).

Fuera de la Región Cantábrica española, en Lacaux, las diferencias entre paneles y yacimientos no pueden ser más notables (Delluc y Delluc, 1984: 28-29; Roussot, 1984: 497). Mientras que el 87,7 por ciento de los restos del yacimiento pertenecen a reno, éste sólo supone un 0,16 por ciento de las representaciones. Por

el contrario, el caballo y el ciervo son frecuentes entre las figuras (59,50 y 16,30% respectivamente) y muy raros en el yacimiento (0,8 y 1,5). Los grandes bóvidos, tan característicos en el bestiario parietal de Lascaux (16,60%) faltan en el yacimiento, lo mismo que el oso, los felinos, el rinoceronte y la cabra.

## 6. Consideraciones finales

A lo largo de este texto se ha intentado un comentario crítico acerca de dos cuestiones distintas, ambas relacionadas con el valor de la fauna: como indicativo climático y/o ecológico y como muestra de las tendencias de caza practicadas por una determinada población. Los aspectos tratados, que no pretenden ser más que la puesta al día de una serie de reflexiones pueden resumirse en lo siguiente:

6.1. Los restos faunísticos presentes en los yacimientos pertenecen mayoritariamente, en términos de biomasa, a animales de tallas medianas y grandes. Son ante todo representativos de las «tendencias de caza» y de la selección de partes de la pieza efectuada por la población ocupante del lugar. Proceden además del territorio en que se ubica el yacimiento, y por tanto son propios de su biocenosis. No obstante, como resultado de la intervención de la selección humana, de ninguna manera pueden considerarse como una reproducción literal de la asociación faunística existente en el entorno.

6.2. Estos mismos «fósiles físicos», unidos a la información proporcionada por la microfauna y otros animales sin significación económica, por la Palinología y, sobre todo, por la Sedimentología, pueden proporcionar un acercamiento más significativo al clima y a la composición del paisaje de la época.

6.3. Las representaciones parietales de fauna carecen de valor desde una perspectiva económica. Su importancia como indicativo ecológico es muy limitada, y desde luego mucho menor que la de los restos óseos descubiertos en los yacimientos. No obstante, parece razonable insistir al menos en dos cuestiones: que en nuestra opinión se trata de animales presentes en el territorio o en un espacio físico no muy alejado, y que algunas especies concretas pueden servir como indicativos puntuales de un determinado clima. Por ejemplo, la presencia de reno, antílope saiga, *Coelolona* o mamut, indicaría que la ejecución de las pinturas o grabados tuvo lugar en una época de condiciones climáticas rigurosas.

6.4. La muestra de especies representadas sobre objetos de arte mueble, y por tanto fechables, es ciertamente escasa. En el caso del área cantábrica hay un catálogo y mapa de distribución puesto al día hace 6 años (Moure Romanillo, 1984) al que hay que añadir descubrimientos nuevos como La Pila (Cantabria) y La Viña y Las Caldas (Asturias) entre otros. Con la cautela que exige el número más reducido de documentos, C. González Sáinz apunta la posibilidad de que los temas animales del arte mueble cantábrico representen mejor, por su realización de carácter frecuentemente más puntual, las tendencias o preferencias de caza del hombre paleolítico, mientras que en el arte parietal pudiera darse una perduración de «grandes temas» centrales (caballos, grandes bóvidos) desde una época en que responderían realmente a esa tendencia cinegética (finales del Wurm III) hasta otra en que éstas

habrían variado (caza más selectiva de ciervos, o de ciervos y cabras, en el Magdaleniense). El mismo autor señala cómo desde el Magdaleniense Inferior al Superior-Final cantábricos se aprecia un aumento considerable de los cápridos con respecto al ciervo tanto en representaciones mobiliarias como en los restos faunísticos, lo que vendría a apoyar su hipótesis (González Sáinz, Muñoz y San Miguel, 1985; González Sáinz, 1989 a y b).

6.5 Sobre la base de que los autores de las representaciones parietales de una cueva fueron a su vez los ocupantes, o algunos de los ocupantes, de su zona de asentamiento, la información paleoecológica puntual que podría obtenerse de sus pinturas y grabados, puede ser contrastada con los datos paleontológicos, paleobotánicos y sedimentológicos conseguidos en el yacimiento. Los posibles resultados de este planteamiento, no tienden tanto a reconstruir o contribuir a reconstruir el ambiente de la época como a buscar una *relación cronológica* con una ocupación concreta, relación que no es sino un dato más que sumar a la información obtenida por otros caminos, análisis técnico-estilístico, superposiciones, paralelismos mobiliarios, dataciones absolutas, etc.

## BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO BASCH, M. (1976): «Los omoplatos decorados de la cueva de 'El Castillo'. Puente Viesgo (Santander)». *Trabajos de Prehistoria*, 33, pp. 9-112.
- ALONSO SILIO, M. R. (1982): «El modelado interior en los grabados rupestres del Norte de la Península Ibérica». *Ars Praehistorica*, 1, pp. 143-146.
- (1986): «El modelado interior en los grabados rupestres del Norte de la Península Ibérica». *Estudio de Arte Paleolítico*. Madrid, Ministerio de Cultura, Centro de Investigación y Museo de Altamira, Monografías, 15, pp. 133-214.
- ALTUNA, J. (1976): «Los mamíferos en el yacimiento prehistórico de Tito Bustillo (Asturias)», en: MOURE ROMANILLO, J. A. y CANO HERRERA, M.: *Excavaciones en la Cueva de Tito Bustillo (Asturias): Trabajos de 1975*. Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, pp. 151-194.
- (1984): «Relación entre los restos de fauna existentes en el yacimiento y las figuras rupestres del santuario», en: ALTUNA J. et alii: *El yacimiento prehistórico de la Cueva de Ekain (Deva, Guipúzcoa)*. San Sebastián, Sociedad de Estudios Vascos, pp. 281-286.
- y APELLANIZ, J. M. (1978): *Las figuras rupestres paleolíticas de la Cueva de Ekain (Guipúzcoa)*. San Sebastián, Sociedad de Estudios Vascos.
- BALBIN BEHRMANN, R. de y MOURE ROMANILLO, A. (1980): «La 'galería de los caballos' de la Cueva de Tito Bustillo», en: *Altamira Symposium*. Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 85-118.
- (1983): «Las superposiciones en el panel principal de la Cueva de Tito Bustillo», en: *Homenaje al Prof. Don Martín Almagro Basch, I*. Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 289-300.
- BANDI, E. (Ed.), (1984): *La contribution de la Zoologie et de l'Etnologie a l'interpretation de l'art des peuples chasseurs prehistoriques*. III Colloque de la Société Suisse des Sciences Humaines (Friburgo, 1979).
- DELLUC, B. y DELLUC, G. (1984) «Faune figuree et faune consommee: une magie de chasse?». *Les dossiers: Histoire et Archeologie*, 87, pp. 28-29.

- FORTEA PEREZ, J. (1983): «Perfiles recortados del Nalón Medio (Asturias)». *Homenaje al Prof. Don Martín Almagro Basch, I*. Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 343-353.
- *Et al.* (1990): «Travaux récents dans les vallées du Nalon et du Sella (Asturies)». *Colloque International «L'art des objets du Paléolithique» Foix-Le Mas d'Azil, 1987, 1*, pp. 219-244.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J. (1973): «Notas para el estudio cronológico del arte rupestre de la Cueva del Castillo», en: *Santander Symposium*. Santander, Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, pp. 409-420.
- (1974), *Pinturas y grabados de la Cueva de las Chimeneas (Puente Viesgo, Santander)*. Barcelona, Instituto de Prehistoria y Arqueología.
- y BARANDIARAN MAESTU, I. (1981): *El Paleolítico Superior de la Cueva de Rascaño (Santander)*. Santander, Centro de Investigación y Museo de Altamira (Monografía n.º 3).
- GONZALEZ SAINZ, C. (1989a): *El Magdaleniense Superior-Final de la Región Cantábrica*. Santander, Editorial Tantín.
- (1989b): «Algunas reflexiones sobre el hecho artístico al final del Paleolítico Superior», en pp. 229-262 de GONZALEZ MORALES, M. (Ed.): *Cien años después de Sautuola*. Santander, Consejería de Cultura, Educación y Deporte.
- GONZALEZ SAINZ, C., MUÑOZ, E. y SAN MIGUEL, C. (1985): «Los grabados rupestres paleolíticos de la Cueva del Otero». *Sautuola, IV*, pp. 155-164.
- LEROI-GOURHAN, A. (1958): «Repartition et agropement des animaux dans l'art pariétal paléolithique». *Bulletin de la SPF, 55-9*, pp. 515-528.
- (1965): *Prehistoire de l'Art Occidental*. París, Mazenod.
- (1984): «Le réalisme de comportement dans l'art paléolithique d'Europe de l'Ouest», en: BANDI, E. (Ed.): *La contribution de la zoologie et de l'Emologie a l'interpretation de l'art des peuples chasseurs prehistoriques*. III Colloque de la Societé Suisse des Sciences Humaines (Friburgo, 1979), pp. 75-90.
- MOURE ROMANILLO, A. (1980), *Las pinturas y grabados de la Cueva de Tito Bustillo: significado cronológico de las representaciones de animales*. Valladolid, *Studia Archaeologica, 61*.
- (1983): «Escultura magdaleniense descubierta en la Cueva de Tito Bustillo». *Ars Praehistorica, 2*, pp. 169-176.
- (1985): «Nouveautés dans l'art mobilier figuratif du Paléolithique Cantabrique». *Bulletin de la Societe Prehistorique de L'Ariege, XXXX*, pp. 99-130.
- (1986): «New data on the chronology and context of Cantabrian Paleolithic Cave Art». *Current Anthropology, 27-1*, p. 65.
- (1987): «Introducción al arte rupestre paleolítico cantábrico», en: *Arte rupestre en España*. Madrid, Revista de Arqueología, pp. 30-37.
- (1988): «Composition et variabilité dans l'art pariétal paléolithique cantabrique». *L'Anthropologie, 92-4*, pp. 73-86.
- (1989a): «La caverne de Tito Bustillo (Asturies. Espagne). Le gisement paléolithique». *L'Anthropologie, 93-2*, pp. 407-434.
- (1989b): *Altamira*. Madrid, Cuadernos de Historia 16, 202.
- (1990): «La Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias): El yacimiento paleolítico». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-86*. Oviedo, Principado de Asturias, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, pp. 107-127.
- MOURE ROMANILLO, A. y GONZALEZ MORALES, M. (1988): «El contexto del arte pariétal. La tecnología de los artistas en la Cueva de Tito Bustillo (Asturias)». *Trabajos de Prehistoria, 45*, pp. 19-49.

- (1989): «Le contexte de l'art pariétal: la technologie des artistes». *Colloque International «L'art pariétal paléolithique» (Périgueux, 1983)*, pp. 45-57.
- MOURE ROMANILLO, J. A., GONZALEZ MORALES, M. R. y GONZALEZ SAINZ, C. (1984): «Las pinturas paleolíticas de la Cueva de la Fuente del Salin (Muñorrodero, Cantabria)». *Ars Praehistorica*, 3, pp. 13-24.
- MOURE ROMANILLO, A., GONZALEZ MORALES, M. y GONZALEZ SAINZ, C. (1990): «Las pinturas rupestres paleolíticas de la cueva de Covalanas (Ramales de la Victoria, Cantabria)». *Trabajos de Prehistoria*, 47.
- MOURE ROMANILLO, A., GONZALEZ SAINZ, C. y GONZALEZ MORALES, M. (1987): «La cueva de La Haza (Ramales, Cantabria) y sus pinturas rupestres». *Veleia*, 4, pp. 67-92.
- ROUSSOT, A. (1984): «Approche statistique du bestiaire figure dans l'art pariétal». *L'Anthropologie*, 88-4, pp. 485-498.